

COMO EVITAR EL HOLOCAUSTO NUCLEAR

Demetrio Boersner

El mundo se encuentra inmerso en una segunda guerra fría, más peligrosa aún que la de 1947-1953, debido a que hoy la capacidad destructora de las grandes potencias es mucho mayor que en aquella época.

El problema del equilibrio nuclear y del peligro de guerra no se puede estudiar asiladamente del conjunto de la dinámica de las relaciones Este-Oeste, ya que hoy como siempre "la guerra es la continuación de la política". Y la política a su vez es la expresión, en términos de poder y de hegemonías, de los grandes procesos socio-históricos de nuestro siglo.

En este breve artículo señalaremos, primero, las variaciones de tensión y distensión ocurridas hasta hoy, con su expresión en términos de armamentos y de amenazas de conflicto. En segundo lugar caracterizaremos la peligrosa situación actual. En tercer término criticaremos las actitudes que, ante la crisis existente, nos parecen erróneas. Y por último, expondremos algunas sugerencias positivas que se han formulado para mejorar el clima internacional y frenar el engranaje diabólico que nos está arrastrando hacia la destrucción termonuclear masiva.

ARMAS NUCLEARES, TENSION Y DISTENSION HASTA 1976

Luego de terminar la segunda guerra mundial en 1945, en pocos meses se resquebrajó y se deshizo la gran alianza que las democracias occidentales y la URSS habían formado para enfrentar la amenaza nazi-fascista. Volvió a aflorar plenamente la hostilidad fundamental entre el capitalismo y el socialismo soviético, y la pugna entre los dos sistemas sociales adversos se expresó a través del viejo y ahora renovado conflicto geoestratégico entre el imperio ruso ("amo de la tierra"), y el imperio anglosajón ("amo de los mares").

En los años 1945 al 49, mientras bajaba la tensión Este-Oeste, bajaba la cortina de hierro, y cesaban los diálogos, la potencia norteamericana tuvo el monopolio del armamento atómico. Pero a partir de 1949, también la Unión Soviética y la Gran Bretaña poseyeron bombas nucleares. Sin embargo, en ese mismo año, los Estados Unidos dieron otro

paso cualitativo hacia un mayor poder destructivo, desarrollando el arma **termonuclear**, mucho más potente que la bomba atómica simple. La URSS a su vez desarrolló su arma termonuclear unos tres años después, y a partir de esa fecha (1952) las dos superpotencias han venido construyendo paso a paso unos arsenales aterradores, capaces de aniquilar toda vida humana, animal y vegetal sobre el globo terrestre.

Sin embargo, a partir de la tregua en Corea y el arreglo temporal del problema de Indochina en 1954 —productos a su vez de la muerte de Stalin y, también, del propio surgimiento del "equilibrio del terror"— el mundo fue evolucionando paulatinamente hacia la distensión. Al mismo tiempo, con la reconstrucción de Europa occidental y el Japón, con la formación del Tercer Mundo como actor de voluntad propia, y con la creciente pugnacidad entre Rusia y China a partir de 1960, el sistema internacional pasó gradualmente de un bipolarismo excluyente a una estructura intermedia entre bipolaridad atenuada y la pluripolaridad. El brillante Henry Kissinger reconoció plenamente esa realidad y, a partir de 1969, promovió una política de equilibrio del poder, tomando en cuenta también a los actores de segunda línea.

Dentro de esa tendencia hacia la creciente distensión —basada económicamente en una larga coyuntura expansiva y ascendente del capitalismo internacional, con incremento del intercambio entre el Occidente y los países socialistas— se adoptaron diversos instrumentos de limitación y control del armamento nuclear: El tratado sobre no proliferación nuclear, y a nivel regional americano el tratado de Tlatelolco. Bilateralmente, los Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron el tratado "SALT I" de limitación de armas estratégicas y, a mediados de la década del 70, el SALT II, que no fue ratificado por el Senado norteamericano.

El ambiente de distensión y de búsqueda de acuerdos sobre la limitación de armas nucleares y otras, fue propiciado en cierta medida por la actitud autocrítica y de autolimitación que caracterizó a los Estados Unidos de 1968 hasta 1977. En años anteriores, la

gran potencia había tratado activamente de regir la mayor parte del mundo. Al intentarlo, había caído en el pantano de la guerra de Vietnam. El repudio del pueblo norteamericano a esa guerra sucia e injusta impulsó al gobierno del presidente Nixon, a partir de 1969, a una revisión moderadora de la política exterior del país. Al mismo tiempo, los sectores financieros estadounidenses exigían tal revisión: el exceso de gastos militares, combinado con factores fundamentales de desaceleración económica, estaban causando una inflación incontrolable. En 1971 Nixon se vio obligado a devaluar el dólar, poniendo fin a su paridad fija con el oro. Kissinger, como artífice de la política exterior nixoniana, negoció la paz en Vietnam, reconoció la realidad china, y proclamó la doctrina de que los Estados Unidos deben compartir el poder con otros centros de decisión, buscando un equilibrio de fuerzas en el mundo.

RETORNO A LA GUERRA FRIA: SITUACION ACTUAL

El relativo debilitamiento de la potencia norteamericana se intensificó en 1973-1974 por la primera "crisis energética mundial". Años de despilfarrero de energía por parte de las potencias industrializadas resultaron en una escasez de petróleo, que fue aprovechada por los Estados miembros de la OPEP para elevar los precios del producto, en justa correspondencia con las constantes y enormes alzas que ya habían experimentado los precios de los productos manufacturados. La segunda "crisis energética", de 1978-79 fue aún más seria, y por momentos parecía que el Primer Mundo se hallaba a merced de las naciones de la OPEP.

La caída del sha y el auge del movimiento nacional-revolucionario centroamericano contribuyeron a crear un cuadro de desintegración del poder imperial norteamericano.

Como lo señalan fuentes yugoslavas y sectores democráticos progresistas de los Estados Unidos, ese relativo o aparente debilitamiento de los Estados Unidos indujo a los soviéticos a tomar algunas medidas torpes y preocupantes. Como reacción tal vez contra la pérdida de influencia en Egipto y otros reveses

internacionales sufridos, también por la URSS, y posiblemente presionado por los "halcones" del Ejército Rojo, el presidente Leonid Brezhnev ordenó en 1976 instalar en Europa oriental una creciente cantidad de cohetes o "misiles" nuevos: los SS-20 de tres ojivas nucleares cada uno.

Hasta ese momento, los Estados Unidos y la Unión Soviética ambos habían aceptado la tesis de que existía equilibrio nuclear. Ya en 1976, al igual que hoy, en el mundo existían unas 40.000 ojivas nucleares, divididas en forma más o menos pareja entre los dos bloques. Su poder destructor combinado equivale a un millón de veces el de la bomba de Hiroshima. Las armas nucleares se dividen en estratégicas y tácticas. Las primeras son de largo alcance y de poder destructor inmenso, mientras que las segundas tienen alcance y potencia menores. Las armas estratégicas se disparan desde lanzadores emplazados ya sea en tierra o en submarinos, o desde bombarderos que permanentemente sobrevuelan el hemisferio norte del globo terrestre.

Siempre se venía buscando el equilibrio del poder destructivo: que ninguna de las superpotencias pudiese lanzar un ataque nuclear sin ser víctima de un contraataque tan devastador que no habría vencedores ni vencidos, sino sólo destrucción absoluta e infernal para todos.

Pero los estrategas continuamente observan con ansiedad los cambios hasta pequeños que pudiesen ocurrir en el equilibrio global. Los norteamericanos temen que podrían originarse "ventanas de vulnerabilidad". Tal "ventana" existiría en dos casos, principalmente:

— Que un primer golpe sea tan aniquilador, que no haya contragolpe posible, o

— Que el contragolpe sería tan débil como para dar al enemigo la posibilidad de asestar un contra-contra-golpe devastador definitivo.

Al comprobar que los rusos comenzaron a instalar en 1977 misiles SS-20 de tres ojivas donde antes sólo había los SS-4 y SS-5 de una sola ojiva cada uno, Washington comenzó a temer que, aun sin que surgiera una ventana de vulnerabilidad global, la URSS pudiera estar pensando en amedrentar y chantajear a Europa occidental, para que abandonara la OTAN y aceptara una neutralidad del tipo "finlandés".

Además, como lo señalan las fuentes yugoslavas, para 1978 los Estados Unidos comenzaban a cambiar de acti-

tud y de espíritu político. Los sentimientos de "mea culpa" inducidos por los horrores de Vietnam se desvanecían y eran sustituidos por nuevas reacciones de indignación contra un Tercer Mundo percibido como radical y agresivo, dirigido por "jeques petroleros" y "ayatolas".

Además, a partir de 1978 la gran industria norteamericana sentía preocupación ante el avance de la "estanflación" y las perspectivas de recesión grave. La noticia del incremento misilístico ruso en Europa del Este, junto con la

captura de los rehenes norteamericanos por el ayatola Jomeini y sus secuaces, y finalmente la segunda gran torpeza del gobierno soviético —la invasión a Afganistán— sirvieron para justificar ante la opinión pública occidental lo que las industrias anhelaban por interés propio: **aumentar la producción armamentista, para contrarrestar la tendencia recesiva de la economía.**

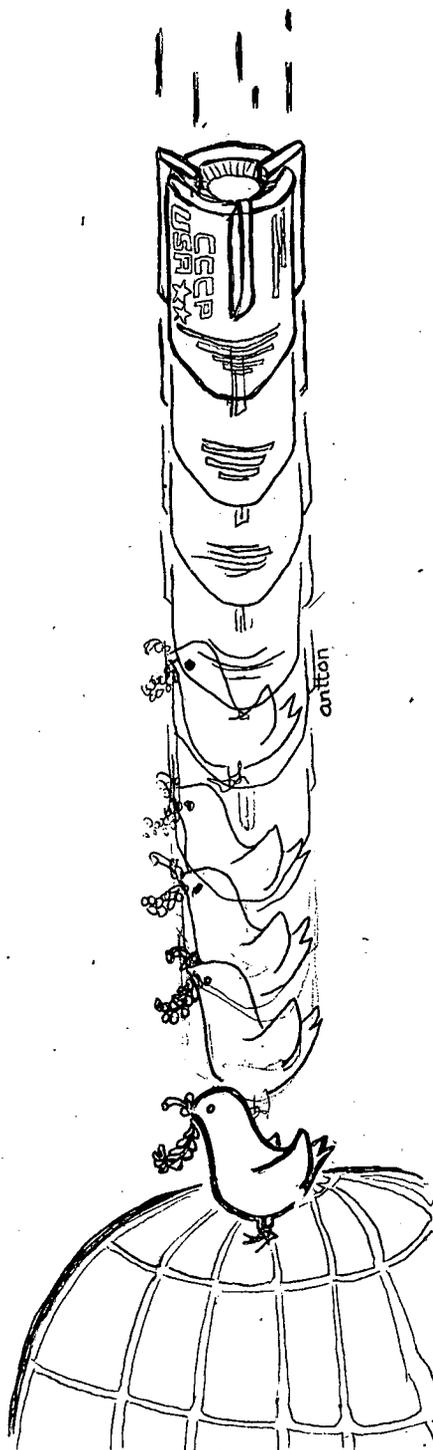
De allí en adelante, la preocupación causada por una modificación real (aunque bastante ligera en términos globales) del equilibrio armamentista en favor de los soviéticos en Europa servía admirablemente para la autojustificación de grandes empresas influyentes, deseosas de fabricar y vender cantidades crecientes de material bélico para así reactivar la economía desvalida.

Impulsada por esos factores, la OTAN adoptó en 1979 su célebre "Doble Resolución": Lograr que los soviéticos reduzcan el número de sus cohetes instalados en Europa oriental hasta restablecer el equilibrio anterior al emplazamiento de los SS-20, y, con esa finalidad, presionarlos con la amenaza de que el Occidente a su vez emplazaría en Europa occidental nuevos cohetes estadounidenses Pershing y Cruise.

El péndulo de la conducta estratégica occidental volvía, del extremo pacífico y confiado en la buena fe de los rusos, al otro extremo, de la dureza agresiva y de la satanización del contrincante.

El gobierno del presidente Reagan encarna esa nueva línea dura. De 1981 hasta hoy, ese gobierno ha formulado algunas pocas sugerencias de avenimiento sobre los misiles, pero se ha mostrado generalmente duro de oído ante las contraproposiciones soviéticas. Sobre todo ha tenido la peligrosa costumbre de envenerar el ambiente político internacional por una campaña ideológica sin precedentes, de condena global al "Imperio del Mal" (Reagan dixit). Como lo han señalado personas sensatas en todos los países occidentales, no se puede satanizar así a una potencia con la cual se espera coexistir en paz. La percepción de adversario como el mal absoluto conduce a considerar la guerra como inevitable.

El peligro aumenta por el hecho de que la URSS en los actuales momentos carece de liderazgo verdaderamente centralizado. Contrariamente a la creencia de los conservadores norteamericanos, que siguen creyendo en un comunismo internacional monolítico, hoy en la URSS existen corrientes diversas



aunque canalizadas a través de un partido único. Las fuerzas armadas son un factor "duro" y potencialmente agresivo. La policía de seguridad tiende a ser algo más moderada, en buena parte por la influencia que Andropov tuvo sobre ella. Los gerentes económicos son partidarios de la paz y la línea blanda. En esa orientación los apoyan los científicos y demás intelectuales. Todas esas influencias convergen hacia los 15 cansados y achacosos miembros del Buró Político que toma las decisiones globales. Aparentemente, en estos últimos tiempos tiende a crecer la influencia de los "halcones" del Ejército Rojo, y la política maniqueísta y demonizante de Reagan les ayuda y los fortalece cada vez más.

El veterano diplomático norteamericano Garthoff, con muchos años de pasados servicios en Moscú, ha narrado en el New York Times la angustia que privadamente dicen sentir los miembros liberales y pacíficos de la alta dirección soviética ante el fortalecimiento paulatino pero seguro de la influencia de los "duros" dentro de la misma. Garthoff estima que sus manifestaciones privadas de angustia son sinceras.

ACTITUDES EXTREMAS ANTE LA ACTUAL SITUACION

Los conservadores del Occidente se hacen eco de Reagan en la convicción de que los soviéticos siguen, pese a todo, un plan más o menos "diabólico" de conquista mundial y que el único lenguaje que entienden es el de la fuerza. Cualquier concesión que se les haga, sólo los alentaría a mostrarse a su vez más exigentes y más agresivos. La única forma de inducirlos a aceptar una futura reducción de armamentos, consistiría en aumentar actualmente los armamentos occidentales, para así "restablecer" el equilibrio que supuestamente se rompió en beneficio de la URSS.

En el otro extremo, numerosos pacifistas pregonan el desarme unilateral: desarmar primero y negociar después. En esa posición son tan extremos como los conservadores que dicen: "armar primero y negociar después". Sin duda alguna, había que formar una fuerza popular masiva de manifestaciones en favor de la paz, con el fin de contrarrestar a los peligrosos halcones del campo de la derecha. Sin embargo, la posición pacifista radical no sabe responder a algunas críticas acertadas.

Esas críticas al pacifismo extremo se basan en el análisis del carácter del régimen soviético. La URSS no es una potencia angelical. Brezhnev en el



77 realmente trató de abusar de lo que consideraba debilidad del Occidente, y volvió a abusar cuando invadió a Afganistán. El socialismo soviético es un socialismo deformado por la dominación autoritaria y dogmática de una élite que no es el proletariado, sino que está por encima del proletariado y de todo el pueblo, y que se ha convertido en estamento hegemónico. Esa élite identifica el avance del socialismo con la expansión de la URSS como Estado nacional, militarista y burocrático. No se podrá tener verdadera y completa confianza en la URSS hasta el día en que ella se transforme internamente, democratizando su sistema mediante el ejercicio del poder por el pueblo trabajador, y no por una élite excluyente. Por ello, hoy la paz no puede ser de desarme unilateral e incondicional sino de equilibrio verdadero, negociado con ánimo constructivo y de buena fe.

SUGERENCIAS PARA SUPERAR LA CRISIS

En el seno del propio mundo occidental existen sectores que luchan por romper el engranaje infernal del escalamiento del conflicto Este-Oeste. Sectores que luchan con la cabeza lúcida, con sinceridad pero también con realismo.

Los obispos norteamericanos, en su trascendental declaración contra el armamentismo no se mostraron de ningún modo ingenuos. Reconocieron la necesidad de que exista el equilibrio de fuerzas, y que la reducción de armamentos vaya pareja de parte y parte. Lo que exigieron con toda la autoridad de su mandato espiritual, era que el gobierno norteamericano, en lugar de prácticamente provocar a los soviéticos a rechazar propuestas occidentales, explorara a fondo todo lo que el propio Andropov haya podido ofrecer de positivo, y se negociara de inmediato, con la máxima



buena voluntad.

Como lo señala el periodista norteamericano Tom Wicker en el New York Times, los rusos ofrecieron concesiones considerables que no fueron exploradas seriamente por la parte occidental. Antes de que comenzara el emplazamiento por Brezhnev de los SS-20, la URSS había tenido en Europa occidental más de 600 ojivas apuntadas hacia el Oeste, sin que ni Kissinger ni Brzezinski protestaran. Ello formaba parte del equilibrio global aceptable. Lo que la OTAN objetó con razón, y contra lo cual formuló su Doble Decisión, fue la elevación de ese número a 929 (729 ojivas en 243 SS-20, más 200 ojivas viejas).

Pero la parte rusa propuso, por lo menos en forma tentativa y a cambio de la abstención occidental de emplazar Pershings y Cruises, de reducir sus SS-20 al número de 140, es decir, 420 ojivas. Esas 420 ojivas serían **menos** en número que las emplazadas en 1977, antes de iniciarse el problema.

Al igual que los obispos yanquis y Wicker, el Partido Socialdemócrata de Alemania occidental se opone al emplazamiento de los nuevos cohetes americanos en Europa, por estimar que los Estados Unidos **no exploraron de verdad ni suficientemente** todas las propuestas rusas. Además desconfían de Reagan y dudan de su sincera voluntad de paz. Temen que el presidente norteamericano esté dominado por la falsa idea de que una tercera guerra mundial pudiera quedar limitada a armas nucleares tácticas y pudiera ser "ganada", con el "mero" sacrificio de algún que otro país europeo. Afirman que Washington puso mucha más voluntad en promover el emplazamiento de los Pershing en Europa que en lograr la disminución de los SS-20 en el Este. Acusan a los negociadores norteamericanos de no haber explorado lo ofrecido extraoficialmente por la parte rusa en el "paseo por el bosque" efectuado a mediados del año pasado.

Pero sobre todo, los adversarios razonables del emplazamiento de cohetes americanos en Europa se basan en dos argumentos fundamentales:

1) La noción misma de aumentar las armas tácticas o de mediano alcance denota la creencia de que una eventual guerra podría quedar limitada y proceder por etapas nítidamente escalonadas: primero las fuerzas convencionales, después las nucleares tácticas... y después de eso, un milagroso alto al fuego, sin llegarse al desencadenamiento del

Armagedón. Esa creencia es falsa: en caso de guerra, cada quien actúa impulsado por el máximo nerviosismo, y la escalada del primer nivel al último posiblemente sería rápida e incontenible.

2) **El emplazamiento de los Pershing en Europa inevitablemente estimulará la escalada armamentista global.** Es inconcebible que la URSS pueda ceder ante la fuerza. Ninguna potencia grande o pequeña lo hace, a menos de tener un líder todopoderoso. Tal vez un Stalin podría ceder, pero no un viejo policía enfermo sometido a mil presiones, como es el caso de Andropov. Por razones de prestigio, el gobierno soviético estará obligado a replicar a los Pershing con alguna escalada de su parte. Actualmente el **propio territorio nacional** de la URSS está amenazado por los Pershing y Cruise, pero no así el de los Estados Unidos. Sin duda Andropov y sus colegas se encargarán de cambiar esa situación. Reagan replicará a su vez, y aumentará de velocidad y fuerza el engranaje infernal.

Viejos asesores de estrategia, occidentalistas y anticomunistas hasta la médula de los huesos, coinciden con esa apreciación. El australiano Thomas Millar, enemigo jurado del sistema de la URSS, comparte la idea de que pese a todo hay que convivir con ella, tener en cuenta sus reacciones psicológicas, y considerar también el hecho de que, según estudios de la CIA, **el pueblo soviético masivamente apoya a su gobierno en una línea firme ante los Estados Unidos.** (T. Millar, *The East-West strategic balance*).

Robert McNamara, ex-secretario de defensa de los Estados Unidos, y luego presidente del Banco Mundial —alto representante, pues, del ala ilustrada del capitalismo occidental— ha formulado las proposiciones más importantes y sensatas en favor de un enérgico esfuerzo de negociación inmediata y global con la URSS para crear un nuevo clima internacional y dar comienzo a una dinámica de **desarme equilibrado por etapas.**

Propone McNamara, reconocer antes de todo que las armas nucleares no tienen utilidad militar sino sólo política. Son unos (peligrosos e insensatos) medios de presión, aunque en la práctica sólo un desequilibrado osará ser el primero en apretar el botón fatídico. Pero cada quien puede creer que el **otro** está desequilibrado, por ello el peligro es real...

En segundo lugar, McNamara pro-

pone 18 medidas de pacificación y desarme, que incluyen:

— Negociar para limitar el número de ojivas por lanzador.

— Reconocer que no existe actualmente ninguna "ventana de vulnerabilidad". (En el ámbito de la OTAN, la comisión Snowcraft demostró que, hasta si la URSS destruyera de un solo golpe todas las armas nucleares norteamericanas con base en tierra, todavía Norteamérica con sólo sus submarinos Polaris y sus bombarderos tendría los medios para pulverizar totalmente a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas hasta el exterminio de su último habitante)

— Renunciar a toda retaliación nuclear en caso de alarma hasta tanto no se haya determinado la naturaleza del ataque y su procedencia.

— Instalar sistemas de seguridad que aseguren que sólo el dedo del Presidente de los Estados Unidos personalmente sea capaz de hacer estallar cualquier misil.

— Fortalecer las **fuerzas convencionales**, para que en el peor de los casos se pueda repeler un ataque con mero tanques y fusiles.

— Negociar para crear una zona desnuclearizada, primero de cien millas y luego paulatinamente más ancha, en Europa central.

— Negociar la prohibición de armas nucleares en el espacio ultraterrestre.

— Crear un centro Norteamericano-Soviético Conjunto para la vigilancia y fiscalización de los sistemas armamentistas de ambos bloques.

Y sobre todo: Crear un clima de confianza, mediante el cese de insultos y demonizaciones.

Los estadistas de buena voluntad que han ofrecido sus buenos oficios para promover tal ruptura de la escalada suicida y para propiciar la distensión —Trudeau del Canadá, Ceausescu de Rumanía, Betancur de Colombia— podrían contribuir notablemente a hacer posibles algunas de las propuestas de McNamara. Los obispos del mundo podrían aprender de sus hermanos norteamericanos.

Los auténticos demócratas y defensores de la causa popular en el mundo entero pueden hacer mucho para presionar —sin sectarismos ni estridencias— en favor de la razón, de la paz y de la iniciación de un proceso razonable y realista, paulatino, hacia la transformación de las espadas en azadones.